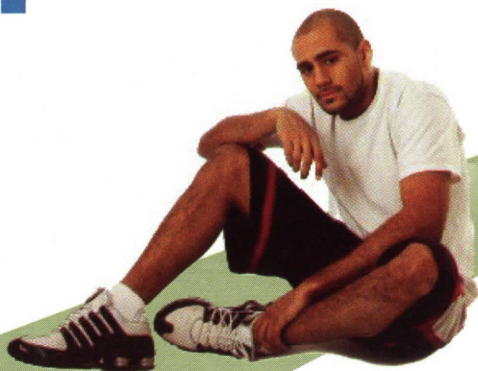
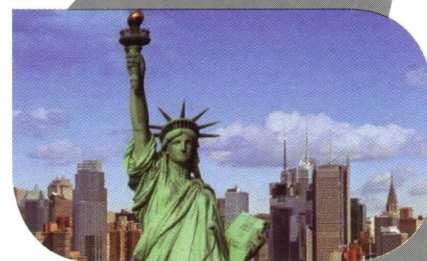


Ni de aquí...



ni de allá



Por Danelia Arévalo Espinoza

Cuando decidí mi forma de culminación de estudios en la carrera de Trabajo Social y Gestión del Desarrollo, no dudé en investigar sobre migraciones, por su relevancia en la vida social y económica del país. Me motivó un aspecto que de acuerdo a mis exploraciones no se había estudiado en Nicaragua: ¿Cómo ocurre la integración social a Nicaragua nuevamente de los jóvenes deportados de Estados Unidos? Según estadísticas de la Cancillería respecto a la protección a nacionales, entre 2010 y Junio del 2012, se repatrió a 3,184 conacionales, 2967 hombres y 216 mujeres, provenientes de distintas ciudades de los Estados Unidos. Esas cifras no incluyen las repatriaciones voluntarias, devoluciones desde México; rechazos administrativos y deportaciones de Costa Rica.

La investigación fue un acercamiento a un segmento de esa población, particularmente jóvenes, que vivieron el proceso de migrar hacia Estados Unidos, algunos siendo muy niños, teniendo que adaptarse en ese momento a una sociedad y cultura diferente. Y después de quince o veinte años de residir allá, volvieron forzosamente a Nicaragua, país del que conservan muy poco, sometidos a un proceso similar pero a la inversa, lo cual produce una disonancia al experimentar las diferencias en el nivel de desarrollo de dos sociedades muy distintas: la de origen y la de crianza.

Estos jóvenes enfrentan el desafío de integrarse socialmente, lograr tolerancia de los otros a sus nuevas costumbres y superar cambios en sus vínculos familiares. Sus relaciones más significa-

tivas quedaron en el sitio donde han vivido la mayor parte de sus vidas y buscan los medios para seguirlas manteniendo, más aún si habían formado su propia familia de la que se separa por la deportación, tornándose en “familias transnacionales”, perteneciendo a más de una sociedad, en este caso: la norteamericana y la nicaragüense.

Los resultados permitieron identificar dos grupos de jóvenes:

1. Los que ingresaron a Estados Unidos con estatus de residentes, o lo adquirieron siendo niños o adolescentes, por trámite de familiares en primer grado de consanguinidad, que posteriormente perdieron por algún delito cometido.

2. Los deportados por estatus migratorio irregular, ya que en sus años en Estados Unidos no

podieron regular su situación migratoria, o recién ingresados a ese país de manera irregular fueron capturados e internados en centros de detención. Para los jóvenes entrevistados, cualquiera que haya sido el motivo de deportación, las circunstancias fueron igualmente traumatizantes para ellos y sus familiares, el proceso de deportación igual: captura, detención, juicio y sentencia. Uno de ellos relató: “Cada jueves iba a juicio, te despiertan a las doce de la noche, te desnudan, te revisan la boca, tus partes íntimas, te piden que abras las piernas, luego que hagas sentadillas, que pujes a ver si expulsas nada, es lo más vergonzoso que he pasado. Luego a las dos de la mañana te dan desayuno, a las cinco te preparan para irte al juicio”.

Las expresiones de los entrevistados que perdieron su residencia, evidencian el duelo vivido ante la pérdida de la oportunidad de residir en Estados Unidos. Carlos, uno de esos jóvenes dijo: “Lo más duro que me ha tocado vivir es haber perdido tantas comodidades que tenía en Estados Unidos: apartamento, carro, moto, trabajo, dinero, aquí me llevaría años lograrlo, cuando no he podido conseguir un trabajo...”.

El grupo en situación irregular, también muestra ese sentimiento de pérdida por no cumplir “su sueño americano”, retornar a Nicaragua y empezar de nuevo. En algunos casos, no quieren darse por vencidos: “A mi no me hicieron juicio, sólo firmar un papel donde el juez me decía que estaba deportado. Ahora quiero descansar el fin de semana e intentar irme para cruzar de nuevo, porque aún tengo unas bestias que vender”.

Hay factores que limitan su integración a la sociedad nicaragüense, uno de ellos es la estigmatización, pues independiente de la causa de la deportación para la población, ellos son considerados delincuentes. Además, su forma de vestir, de hablar, la música que prefieren y sus tatuajes generan discriminación y temor, catalogándolos de pandilleros.

Es sumamente difícil integrarse laboralmente. Muchas empresas en Nicaragua establecen en

sus normas de contratación, no admitir personas con tatuajes. La mayoría de ellos no concluyeron ni la secundaria, por lo que su dominio del inglés es limitado, no pudiendo emplearse en call-center, hotel u otra empresa, en las que debe escribirse y hablarse correctamente ese idioma, ni manejan programas informáticos. Aunque la falta cometida en Estados Unidos haya sido leve y cumplida la pena, INTERPOL los reporta a la Policía nicaragüense, quienes registran su lugar de residencia en el país, una vez que ingresan.

Contar con familiares cercanos en el país y haber viajado con cierta frecuencia a Nicaragua, constituyen factores que ayudan a integrarse. Igualmente, si sus familias en Estados Unidos tienen una situación financiera estable y les apoyan para instalar algún negocio en Nicaragua.

Hasta inicios del 2013 en el país, no existían programas de reinserción laboral para migrantes nicaragüenses que han retornado, menos aún, si se viene con la marca “deportado”. Tampoco existe un organismo o institución que atienda a estos jóvenes en su proceso de reintegración a nuestro país.

* Estudiante de la carrera de Trabajo Social y Gestión del Desarrollo



<http://newshoppersulekha.com/>

Sustraído de la Investigación “Jóvenes nicaragüenses deportados y su integración a la sociedad nicaragüense. Un análisis desde la perspectiva de derechos humanos.”